

## **Pensar-habitar, reconceptualizar El cuerpo: Fugas vivenciales, fugas conceptuales<sup>1</sup>**

### **To think - inhabit, to re-conceptualize the body: Existential escapes, conceptual escapes**

**Elizabeth Quiñónez Toro\***

**Recibido:** 18 de febrero de 2008 • **Aprobado:** 10 de marzo de 2008

#### **Resumen**

Se abordan en este documentos dos perspectivas sobre el cuerpo: la perspectiva cognitiva, que retoma la discusión merleauPontiana frente a Descartes y la separación entre el sujeto cognoscente y los objetos a conocer. Segundo, la perspectiva feminista que se ocupa del enfrentamiento entre el mundo de la cultura –en el cual se inscribe al varón, y el mundo de la biología desde el cual se significa a la mujer como cuerpo-objeto–. Se retoman algunas propuestas respecto al retorno al mundo orden simbólico de la madre, propuesto

---

<sup>1</sup> El presente texto se inscribe dentro del proyecto de investigación de la cátedra Catalina de Siena, problemas de género y fue presentado en el *XII Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana: Filosofía, pensamiento intercultural y movimientos sociales en América Latina*. (Seminario: "Género e Interculturalidad") Facultad de Filosofía. Universidad Santo Tomás. Bogotá, 29 de junio - 2 de julio de 2007.

\* Consultora del Programa Naciones Unidas para la Política Pública de Mujer y Género. Bogotá.

por Luisa Muraro como un puente hacia la re-viviscencia de la mujer como cuerpo-sujeto, o cuerpo de sujeto.

## Palabras clave

Cuerpo, orden simbólico, sistema sexo género, orden simbólico de la madre, perspectiva cognitiva, práctica política de las mujeres.

## Abstract

These documents deal with two perspectives on the body: The cognitive perspective, which reintroduces the merleau-pontiana discussion opposite to Descartes and the separation between the cognoscente subject and the objects to know. On the second hand, the feminist perspective that deals with the clash between the culture world - in which the male is enrolled and the biology world from which the woman is meant as body - object. Some offers are retaken with regard to the return to the mother's world symbolic order, proposed by Luisa Muraro, as a bridge towards the woman's re- viviscence as body - subject, or subject's body.

## Key words

Body, symbolic order, system, sex, genre, mother's symbolic order cognitive perspective, women's practical policy.

## Preguntarse por el propio cuerpo

Las indagaciones que se plantean en este texto son, en sí mismas, el punto de convergencia de diversos ejercicios y reflexiones sobre lo que hacemos, cómo lo hacemos, desde cuál espacialidad-temporalidad nos asumimos y, sobre todo, respecto al talante y la intención de abrirse a otros sentidos del pensar y del sentir, con y desde el cuerpo, entendido no como una entidad física, una máquina biológica sino como el propio ser, la materialidad misma de nuestra existencia.

La pre-ocupación por el propio cuerpo, y aun, por las muchas situaciones de los cuerpos de otras y de otros, puede hacerse presente a la consciencia humana, en cualquier momento de la vida y desde muchas circunstancias: los ciclos vitales, la vejez, las demandas estéticas, los cuidados de la salud y la enfermedad, los performances y la escenografía cotidiana desde las cuáles cada quien busca re-presentarse en distintos espacios de su existencia, las propuestas artísticas, entre otras más. Según cada circunstancia y a cada interés, surgirán miradas, enfoques conceptuales, actividades prácticas sobre el cuerpo.

En el vivir de cada día, todas y todos mantenemos un diálogo silente con el cuerpo, con sus cansancios, fatigas, deseos, necesidades alimentarias, contingencias de evacuación, que escapan a nuestro ser consciente. La repetición termina por volver mecánicas muchas de estas que podrían comprenderse como interpelaciones conscientes, como demandas y necesidades del cuerpo. La enfermedad, como ha tematizado con infinita belleza y sabiduría Thomas Mann en *La montaña mágica*, obliga a quien la padece a interrumpir las rutinas y le instala en un nueva manera del percibir y sentir el cuerpo, que es convertido en el terreno de la auscultación médica y, a la vez, de la autoobservación y el seguimiento acucioso de los síntomas.

La mayoría de los hombres adultos y mayores que no han sufrido alguna enfermedad y los dolores que de ella se derivan, no tienen afectaciones como la pérdida de alguno de los sentidos, de parte de su movilidad o de otra afectación física permanente, o no ejercen alguna profesión que demande cuidados especiales del cuerpo (la actuación, el fisicoculturismo, la acrobacia, o alguna otra disciplina deportiva o artística), su cuerpo ha sido tradicionalmente una presencia opaca, notoria únicamente en función de sus desperfectos o mutilaciones. En los varones jóvenes, el cuerpo es un referente obligado, no solamente porque es el medio para la seducción y la conquista, sino porque también es el espacio de la fuerza y la exhibición de las maneras socialmente impuestas del ser masculino, de la potencia viril.

La vivencia corpórea de las mujeres desde siempre ha sido distinta. Ya desde la primera infancia, el espacio destinado a los cuerpos de ellas es distinto al

espacio establecido para los cuerpos y las vidas de los niños. Esta socialización temprana ha sido ampliamente discutida desde distintos feminismos, que se propusieron hacer visible la inscripción diferencial en el orden cultural de las niñas y los niños. Retomando mi propia experiencia feminista y los largos caminos transitados en la búsqueda de alternativas al orden simbólico masculino, encuentro una profunda conexión entre la reflexión sobre el cuerpo y la búsqueda de un nuevo orden simbólico, signado por lo que Luisa Muraro ha nombrado como el orden simbólico de la madre.

El hecho de constituir el cuerpo en objeto de reflexión conceptual implica reconocer la construcción sexuada de los cuerpos, que hace parte del régimen simbólico de dominación mediante el cual lo femenino queda subsumido en el orden imperante de la dominación masculina. Se ingresa así en un territorio inestable por cuanto abordamos nuestra primera inmediata referencia, la prueba de nuestra existencia, de una forma particular de existencia.

Aunque en el recorrido por el laberinto conceptual y vivencial del cuerpo se presentan muchas posibles perspectivas y ordenamientos discursivos, como lo demuestra la compilación de 49 artículos realizada por Michel Feher, Ramona Naddaff y Nadia Tazi (1992) bajo el título *Fragmentos para una Historia del Cuerpo Humano*, en este ensayo se opta por dos perspectivas, que aunque conexas, exploran sucesos distintos:

Una, que llamaré cognitiva y que se refiere al hecho de que cuando se asume la re-flexión sobre el cuerpo, aparece la necesidad de volver a ver, volver a pensar, re-situarse desde sí para incursionar no en un objeto externo que de forma transparente y distinta se ofrece a nuestra inspección, sino en un conjunto de vínculos entre el pensar y el sentir, entre el presentarse y el representarse, en el aparecer y desaparecer, porque el cuerpo concentra la fugacidad de las percepciones, pensamientos y conceptos.

La otra perspectiva, surge del hecho de que el cuerpo contiene y materializa un orden social, y un orden simbólico regido por el androcentrismo, razón por la cual se requiere una lectura intencionada sobre las sutiles o evidentes imposiciones, rutinas, concepciones médicas, estéticas sociales o sexuales,



que han instituido a la mujer como un cuerpo-objeto, mientras que al varón le pertenece por un orden naturalizado vivenciarse como cuerpo-sujeto. Para atender las consecuencias derivadas de esta perspectiva surge la práctica política feminista.

## En relación con la orientación cognitiva

Ha sido Merleau-Ponty quien ha hecho evidente la forma particular de existencia que condensa el cuerpo, en el debate que este autor realiza con la propuesta de Descartes, respecto a la separación entre los objetos a conocer y los sujetos cognoscentes. El cartesianismo plantea dos formas de existencia: el existir como cosa y el existir como conciencia. La experiencia del cuerpo, sin embargo, se nos presenta, según Merleau-Ponty (1993, p. 215) con una forma de existir que el autor considera “*más ambigua*”:

Si trato de pensarlo como un haz de procesos en tercera persona –<visión>, <motricidad>, <sexualidad>– advierto que estas “funciones” no pueden estar vinculadas entre sí y con el mundo exterior por unas relaciones de causalidad, están todas confusamente recogidas e implicadas en un drama único. El cuerpo no es, pues, un objeto. Por la misma razón, la consciencia que del mismo tengo no es un pensamiento, eso es, no puedo descomponerlo y recomponerlo para formarme al respecto una idea clara. Su unidad es siempre implícita y confusa. Es siempre algo diferente de lo que es, es siempre sexualidad a la par que libertad, enraizado en su naturaleza en el mismo instante en que se transforma por la cultura, nunca cerrado en sí y nunca rebasado, superado.

Pensar el cuerpo es abordar esa forma particular de existencia en la cual se condensa la biografía personal y los tránsitos culturales e intergeneracionales, en-generados, etnitizados que cada ser humano apropia, lo conciente y lo inconsciente, la capacidad de percibir y la de imaginar, la potencia del conocimiento y la de sentimiento, infinidad de situaciones y sensaciones superpuestas de los ciclos vitales que se han atravesado y, por supuesto, la materialidad de las funciones orgánicas y anímicas propias de la especie humana.

Arriesgo una propuesta de definición del cuerpo, como un puente intermedio entre el reconocimiento de esta existencia ambigua, inestable y compleja y las prácticas políticas propuesta desde el feminismo para re-significar el cuerpo objeto de la mujer, hacia un cuerpo-sujeto:

El cuerpo es una forma de existencia compleja en la cual se sintetizan diversas significaciones y condiciones de nuestra subjetividad, como son el género, la etnia, los vínculos y construcciones familiares, generacionales, sociales y políticas. Es una percepción y vivencia en movimiento permanente, a la cual concurren elementos biográficos, epocales, que delimitan y establecen horizontes de representación del sí mismo o sí misma y de las otras y los otros, así como del sentido y razón de ser de lo existente.

## **La perspectiva desde la práctica política de las mujeres**

En una línea de búsqueda conectada con la práctica política de las mujeres, varios autores se ocupan del cuerpo, en tanto encarna la naturalización de la división jerárquica del mundo desde la lectura del sistema sexo/género. Intentar leer el cuerpo de las mujeres es una tarea compleja, por las dificultades que ya se han mencionado, en relación con constituir algo experiencial y re-flexivo en motivo de elaboración conceptual. En el abordaje del cuerpo de las mujeres, de mi cuerpo de mujer, hay nuevas complicaciones, como el hecho mismo de que la cultura ha constituido a las mujeres en cuerpos-objetos y algunos feminismos han polarizado la discusión para tratar de descarnalizar al sujeto mujer. Veamos algunas definiciones y aproximaciones al cuerpo, desde esta orilla del debate:

En palabras de Braidoti (2000, p. 29), “El cuerpo, o la corporización del sujeto, no debe entenderse ni como una categoría biológica ni como una categoría sociológica, sino mas bien como un punto de superposición entre lo físico, lo simbólico y lo sociológico”.

Por su parte, Buzzati (2001, p. 11) y Salvo consideran que: “El cuerpo se postula como algo que cada sujeto tiene que conquistar, que no es algo dado,

marcado por el destino anatómico. Sin embargo, esta es la dirección en que apunta el saber psicoanalítico: el cuerpo como entidad propia, individual, separada, es conquistado por la niña o el niño a través de un proceso trabajoso y cargado de dolor, a través del «duelo originario».

Para Michel Onfray, la tradición judeo-cristiana, que es enemiga del placer, también lo ha sido de las mujeres, a quienes trata como cuerpo-objeto que debe ser sujetado, negado, estigmatizado, controlado en su capacidad de goce y auto-significación.

Por su parte Carmen López (2004, p. 183) considera que:

la mujer no solo ha sido suprimida como razón, sino también como cuerpo-sujeto, es decir, como fuente de deseos y clave del Ser Vertical en el mundo, se la ha convertido en cuerpo-objeto para el *logos* dominante... es esa dominación cultural la que reduce a la mujer a pura presencia, es decir, la identifica con su cuerpo y paradójicamente, le niega la capacidad de ejercer un control moral sobre el mismo. Así se posiciona a la mujer corporalmente en sí más que para sí y esta supuesta inmanencia justifica la exclusión de una racionalidad completa y de toda trascendencia, incluida la de su cuerpo.

Aunque este es un debate largo y siempre renovado que no podría asumir con todas sus implicaciones en este espacio, vale la pena recordar que el feminismo ilustrado ha hecho una apuesta por la igualdad, con un énfasis especial en el derecho al ejercicio del *logos*, un *logos* que tiene que ser reinventado dado que sus espacios de ejercicio están marcados por las rutinas mentales y físicas de la racionalidad y el orden simbólico masculino, sin que el cuerpo se hubiese constituido en uno de los referentes.

Otros feminismos se construyen a partir de demandar para las mujeres el asumirse desde las múltiples formas constitutivas de su ser diferentes. Sin embargo, el cuerpo, como la expresión vivencial en la cual se hace patente el poseerse a sí misma, ha formado parte de la lucha política de las mujeres, sobre todo, en relación con el libre ejercicio de la sexualidad y la libre opción a la maternidad.

Por su parte, las psicoanalistas feministas han abordado la compleja relación de la hija con el cuerpo de la madre, vivido como una pasión “grandiosa” e “inaprensible” por todo lo que encarna y representa la madre en las fantasías y temores de la hija.

En la práctica política de las feministas, esta relación fue objeto de discusión, reflexión y, por supuesto, se pasó por la negación de la madre, en cuanto reproductora del orden patriarcal. La propuesta de Muraro es retomar esta relación fundacional, sin la cual la posibilidad de construir un orden simbólico en el cual la propia experiencia de las mujeres sea reconocida, está amenazada.

## Cuerpos y orden simbólico de la madre

*“El feminismo ha producido una profunda crítica del patriarcado y de las múltiples complicidades, filosóficas, religiosas, literarias, etc., que han sostenido su sistema de dominio. Pero esta labor de crítica, aunque vasta y precisa, quedará borrada en el plazo de una o dos generaciones si no encuentra su afirmación. Solo esta puede devolver a la sociedad, y ante todo a las mujeres, la potencia simbólica contenida en la relación femenina con la madre y neutralizada por el dominio masculino... De la crítica del patriarcado he obtenido autoconciencia, pero no la capacidad de significar libremente la grandeza femenina, que encontré y reconocí plenamente en mis primeros meses y años de vida en la persona de mi madre, y que luego perdí tristemente de vista y casi renegué de ella”*

Muraro Luisa, *El orden simbólico de la madre*, 1994.

Retomar la reflexión de Luisa Muraro sobre el orden simbólico de la madre, nos introduce en una de las ideas centrales que ha puesto en discusión el feminismo: la división entre el orden del padre y el orden de la madre, que está en estrecha conexión con la división entre naturaleza y cultura, y, consecuentemente, la confinación de las mujeres al orden de la naturaleza -reino de la biología y lo privado- y la destinación de los hombres al papel de constructores de cultura y, por tanto, rectores del orden público y la política.



En el afán de rehacer al sujeto mujer por fuera del reduccionismo biologicista, muchas corrientes de feministas centraron sus esfuerzos en la recuperación de la mujer para el mundo de la cultura. En este enconado debate, también hubo negaciones, viscerales desencuentros con los orígenes propios, con la propia madre.

Para Muraro (1994), el feminismo se centraba en las miserias de las madres y por tanto, reclamaba el derecho de cada mujer a ser crítica de esta figura, con lo cual, se repetía de alguna manera lo que había hecho el patriarcado, esto es, desconocer la autoridad de la madre y desposeer a las mujeres de la fuerza femenina potenciada derivada del orden simbólico producido por la madre a partir de dar la vida y dar la entrada a la lengua, es decir a la apropiación de la cultura.

La autora muestra que esta pérdida inicial, engendra otras, como la imposibilidad que enfrentan las mujeres, en el régimen simbólico patriarcal, de auto significarse a partir de su propia experiencia femenina, imposibilidad que según la filósofa se produce debido a la dificultad de revivir como principio de autoridad simbólica a la madre. Así, reencontrar el amor a la madre, saber amarla, potencia a las mujeres: “solo la gratitud hacia la mujer que la ha traído al mundo puede darle a una mujer el sentido auténtico de sí misma”.

Desde un ángulo aparentemente distinto, Pierre Bourdieu (2000, p. 37) en su reflexión sobre la dominación masculina, lee el cuerpo femenino y masculino y la diferencia sexual, como:

Esquemas prácticos de la visión androcéntrica, la cual se convierte en el garante más indiscutible de significaciones y de valores que concuerdan con los principios de esta visión del mundo... No es que las necesidades de la reproducción biológica determinen la organización simbólica de la división sexual del trabajo y, progresivamente de todo el orden natural y social, más bien es una construcción social arbitraria de lo biológico, y en especial del cuerpo, masculino y femenino, de sus costumbres y de sus funciones, en particular de la reproducción biológica que proporciona un fundamento aparentemente natural a la visión androcéntrica de la

división del trabajo y, a partir de ahí, de todo el cosmos. La fuerza especial de la sociodicea masculina procede de que acumula dos operaciones: legitima una relación de dominación inscribiéndola en una naturaleza biológica que es en sí misma, una construcción social naturalizada.

Retomando a Bourdieu podemos afirmar que la vivencia del propio cuerpo, los hábitos y maneras de estar y ser, condensan el orden androcéntrico que reproduce y mantiene la dominación masculina sobre las mujeres.

Aun antes de nacer, la madre introduce, durante la gestación, señales, frases, mensajes que impactan a quien está por nacer. A la hora del nacimiento, el cuerpo de las niñas y el cuerpo de los varones empiezan a significarse de manera diferencial. El médico o la médica, la enfermera, la partera, signan diferencialmente estos dos cuerpos, a través de las palabras, con las coordenadas que empezarán a delinear el cuerpo como un campo de lucha, en el que se enfrenta el orden de la madre y el orden cultural que buscará imponerle las normatividades adecuadas a una identidad sexuada y en-generada: con los tules azules o rosados, con las primeras camisitas, con las cobijas y la decoración, pero especialmente, con las expresiones y los gestos.

En el nacimiento se presentan en forma simultánea dos sucesos dramáticos:

- El advenimiento de un cuerpo que se hace autosuficiente en sus funciones vitales.
- El enfrentamiento entre el poder mediador de la madre que con la palabra se propone construir subjetividad y el orden simbólico ya existente que reclama el dominio sobre ese cuerpo para escoltarle y significarle para que interiorice la ley y el mundo de regulaciones del padre, en el ámbito familiar, en las instituciones educativas y en los espacios de la vida social.

Si como propone Judith Butler “el género es el conjunto de medios discursivos en virtud de los cuales el sexo mismo, el supuesto sexo natural, es *producido*”. no existe un “sexo natural”, pre lingüístico.

Así, podríamos afirmar que no se nace con un cuerpo de hombre o de mujer, sino que hay un largo camino para llegar a adquirir esa corporalidad signada por el sexo/género.

Suena realmente inquietante y retador, pensar que las mujeres necesitamos llegar a conquistar un cuerpo desde y con el cual podamos ser sujetos y que, como propone Luisa Muraro, tenemos la tarea de rescatar el orden simbólico de la madre, como condición para poder constituir una experiencia autónoma frente a la dominación masculina.

## Referencias

Belausteguigoitia, Mingo, Marisa Araceli (edit.) (1999). *Géneros Prófugos, Feminismo y Educación*, Ciudad de México, Paidós SAICF, PRIGEPP, 2005.

Bonder, Gloria (1998) "Género y subjetividad: avatares de una relación no evidente" En *Género y epistemología: Mujeres y disciplinas* PRIGEPP.

Bourdieu, Pierre (2000) *La dominación masculina*, Editorial Anagrama.

Femenías, María Luisa (2002) "El feminismo ante el desafío de las diferencias" en *Revista Debats* No. 76, Año 2.

Foucault, Michel (1996) *Tecnologías del Yo*, Barcelona, España, Ediciones Paidós Ibérica.

López Gil, Marta (1999) *El cuerpo el sujeto, la condición de mujer*, Editorial Biblos.

Merleau-Ponty, Maurice (1993) *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, España, Planeta Agostini.

Murillo, Soledad (2006) *La Mirada Vampiro*, España, Universidad de Salamanca.

Morgade, Graciela (2005) *Sexualidad y prevención: una desafortunada conjunción escolar*, PRIGEPP 2005.

Onfray Michel (2002) *Teoría del Cuerpo enamorado, Por una erótica Solar*, París, Pre-textos.

Quiñónez, Elizabeth, (2003) "Reflexiones filosófico políticas sobre lo que hemos hecho las feministas" En: *El tiempo contra las mujeres. Debates feministas para una agenda de paz*. Gloria Tobón Olarte, María Eugenia Martínez Giraldo (comp.). Bogotá, Colombia, Humanizar, OIM, USAID

--- (2006) "Di- Vagaciones Sobre El Cuerpo Sujeto o El Estar Sujetos Al Cuerpo" en *Subjetividades Género y Ciudadanías*. Bogotá, Colombia, Universidad Distrital y Oficina de Política Pública de Mujer y Géneros de la Alcaldía.

---. (2007) Dirección conceptual y versión final *Sextante Para la Promoción, Ejercicio y Protección de los Derechos Sexuales y Derechos Procreativos/Reproductivos con Niñas, Niños y Jóvenes*, Bogotá, Colombia, Departamento Administrativo de Bienestar Social y Oficina de Política Pública de Mujer y Géneros.

Rodríguez Magda, Rosa María (2002) "Del Post a Cyberfeminismo" En *Revista Debats* No. 76, Año 2.